

“Sin mí no podéis nada”



Uno de los elementos esenciales para configurarnos con Cristo es LA ORACIÓN. La oración no es exclusividad ni de la vida religiosa ni de los sacerdotes. La oración pertenece a todo creyente que por el bautismo ha entrado en una relación de amistad personal con Dios. La oración es la expresión de nuestra filiación con Dios, por lo tanto, no es algo secundario en nuestra vida de fe, sino que es sustancial a ella. Cuando nos acercamos a las páginas evangélicas, ciertamente encontramos a Jesucristo entregado a los demás, evangelizando, liberando, curando, dando vista a los ciegos, pero también le encontramos orando, en intimidad con el Padre. El evangelista san Marcos (1, 21-39) nos lo presenta en esa unidad de vida que se ha de ir dando en nosotros: en la mañana, llega a Cafarnaúm y entra en la sinagoga donde se puso a enseñar; luego, comienza las curaciones: un hombre que tenía un espíritu inmundo; la suegra de Pedro, y todos los enfermos que al atardecer se agolpaban en la puerta; y por fin, dice el texto: “se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar”. Y Él tenía una inmensa tarea por delante.

En él descubrimos esta conciencia de pertenencia, de relación con el Padre, que aún en medio de las vicisitudes y del trabajo apostólico nunca era sofocada. Una vez, estando rodeados por la muchedumbre, les dijo a los apóstoles: “Venid, retirémonos a un lugar desierto, a descansar un poco”, pues eran muchos los que iban y venían, y no les dejaban tiempo ni para comer. Se fueron en la barca a un sitio desierto y apartado. Pero la gente les siguió, y “al desembarcar vio una gran muchedumbre, y se compadeció de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles largamente”. ¿Qué hace el Señor? No elimina el “retirarse”, sino que lo posterga, como exigencia de la caridad pastoral. Pero más tarde “mandó a sus discípulos subir a la barca... mientras Él despedía a la gente. Y después de haberles despedido se fue a un monte a orar” (Mc 6, 30-46).

Solemos decir que no tenemos tiempo para orar; y es verdad que el tiempo es limitado, pero la pregunta que tendríamos que hacernos es quizá esta: en mi jerarquía de valores ¿qué lugar ocupa la oración? Todos tenemos 24 horas al día, y en esa escala de valores vamos colocando nuestros centros de interés.

En el número anterior de la revista, decíamos que era necesario darle un tiempo diario a la oración personal, donde se fuera estableciendo una amistad con Cristo cada vez más profunda, de tal modo que tenga repercusiones en nuestra vida, es decir, que nuestro pensamiento sea el de Cristo, que nuestra mirada sea la de Cristo, etc... y ahora, añadiríamos a la luz de las palabras del mismo Cristo: “**sin mí no podéis nada**”. ¡Así es! Por muchos deseos que tengamos de identificarnos con Cristo, si como sarmientos no estamos unidos a la vid, no daremos frutos de vida eterna, ni en la familia, ni en trabajo, ni en el grupo, ni en la comunidad, ni en la sociedad. No caigamos ninguno en la tentación de pensar, como tantas veces se oye: “**todo es oración**”. Una cosa muy distinta es que “**todo**” en nuestra vida llegue a tener como una dimensión de oración en cuanto que todo lo hago por Dios, unido a Dios y en su presencia; pero esto no se da con la misma facilidad con que se escribe. Si dijéramos, así, simplemente “**todo es oración**”, es como si creyéramos que todo es arte, o que todo es música, o que todo es deporte. Cuando ese “**algo** (arte, música, etc..) es **todo**”, “**ese algo no es nada**”; es la pura relativización de ese algo; y en este sentido tendríamos que concluir que si todo es oración, eso mismo es la relativización de la oración misma. Como veis, el relativismo también se infiltra en nuestra relación con Dios. Tenemos, pues, que concretar nuestros tiempos con Dios, porque cuando el amor no se concreta termina por dispersarse.

D. Fernando González Espuela y D. Juan Diánez. Consiliarios de ACG

La esperanza de la Acción Católica



"Precisamente porque la Iglesia necesita una Acción Católica viva, fuerte y hermosa, quiero repetirlos a cada uno: ¡Duc in altum!

¡Duc in altum, Acción Católica!

Ten la valentía del futuro. Que tu historia, marcada por el ejemplo luminoso de santos y beatos, brille también hoy por la fidelidad a la Iglesia y a las exigencias de nuestro tiempo, con la libertad propia de quien se deja guiar por el soplo del Espíritu y tiende con fuerza a los grandes ideales.

¡Duc in altum! Sé en el mundo presencia profética, promoviendo las dimensiones de la vida a menudo olvidadas y, por eso, más urgentes aún, como la interioridad y el silencio, la responsabilidad, la educación, la gratuidad y el servicio, la sobriedad y la fraternidad, la esperanza en el futuro y el amor a la vida. Trabaja eficazmente para que la sociedad de hoy recupere el verdadero sentido del hombre y de su dignidad, el valor de la vida y la familia, de la paz y la solidaridad, de la justicia y la misericordia.

¡Duc in altum! Ten la humilde audacia de fijar tu mirada en Jesús para recomenzar desde Él tu auténtica renovación. Así te resultará más fácil distinguir lo que es necesario de lo que es fruto del tiempo, y vivirás la anhelada renovación como una aventura del Espíritu, que te capacitará para recorrer también los arduos senderos del desierto y de la purificación, de modo que experimentes la belleza de la vida nueva, que Dios da sin cesar a cuantos confían en él.

Acción Católica, ¡no tengas miedo! Pertenece a la Iglesia y te ama el Señor, que guía siempre tus pasos hacia la novedad jamás descontada y jamás superada del Evangelio".

Estas palabras de nuestro querido Juan Pablo II, expresadas en la XI Asamblea Nacional de la Acción Católica Italiana, en el año 2002, nos sirven de marco perfecto para expresar lo que quiero transmitir en este primer número de *Caminamos*: tengo esperanza en la Acción Católica y vivo la Acción Católica como esperanza para la Iglesia.

La unidad de la Acción Católica General ha traído consigo una renovación de fuerzas y, con ello, nuevas esperanzas. Todos sabemos de la importancia histórica de la Acción Católica (basta con echar un vistazo a lo que ha aportado a la Iglesia Diocesana y española en el pasado siglo, con nuestros mártires a la cabeza); ahora estamos comprobando cómo puede volver a jugar ese mismo papel en Toledo y en España. No exagero; miremos la transformación de nuestras vidas. Estoy convencido de que la unidad nos devolverá al lugar que debemos ocupar en el apostolado secular, que no es privilegio, sino servicio. Por eso tengo esperanza en la Acción Católica y afirmo que la Acción Católica es esperanza para la Iglesia.

Ahora bien, no podemos permanecer ociosos ni pasivos, arrastrados por la dinámica de la monotonía y el activismo. Hemos de dar un sentido a todo lo que estamos viviendo y, más aún, comprometernos a participar activamente en esta generación de esperanza. Cada uno de nosotros debe tener un espacio protagonista en la Acción Católica Diocesana. Ocupémosle.

Para los cristianos la esperanza no es simplemente un estado de ánimo gracias al cual vemos posible lo que deseamos; es una virtud que viene de Dios y que nos lleva a tener la certeza de que, por pura Gracia suya, nuestro compromiso de evangelización de los hombres es instrumento eficaz de transformación de la realidad. Con nuestra conversión personal y con la fuerza de la oración y de la acción podemos cambiar el mundo.

Relee las palabras de Juan Pablo II; medítalas; hazlas vida. En ellas está la clave de nuestra misión.

Isaac Martín

sta parte de nuestra revista es una separata que pretendemos destinar a tratar en cada número un tema de formación. En este primer número y en el siguiente, después de la primera edición especial a la que llamamos número 0, hemos querido tener presente la alabanza del Santo Padre, Benedicto XVI. En su segunda encíclica nos ha vuelto a regalar una reflexión valiosísima sobre un tema fundamental: la esperanza. Esperamos que esta selección de textos sirva para "abrir boca" y todos nos sintamos animados a formarnos en la lectura completa de la carta del Papa.

SPE SALVI (Números seleccionados – Parte I)

Introducción

1. « *SPE SALVI facti sumus* » – en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (Rm 8,24). Según la fe cristiana, la « redención », la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata?

La fe es esperanza

2. Antes de ocuparnos de estas preguntas que nos hemos hecho, y que hoy son percibidas de un modo particularmente intenso, hemos de escuchar todavía con un poco más de atención el testimonio de la Biblia sobre la esperanza. En efecto, « esperanza » es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras « fe » y « esperanza » parecen intercambiables. Así, la Carta a los Hebreos une estrechamente la « plenitud de la fe » (10,22) con la « firme confesión de la esperanza » (10,23). También cuando la Primera Carta de Pedro exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el logos –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), « esperanza » equivale a « fe ». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo « ni esperanza ni Dios » (Ef 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban « sin Dios » y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. « In nihilo ab nihilo quam cito recidimus » (en la nada, de la nada, qué pronto recaemos), dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: « No os aflijáis como los hombres sin esperanza » (1 Ts 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de

que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una « buena noticia », una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo « informativo », sino « preformativo ». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

“Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva”

El concepto de esperanza basada en la fe en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva

5. La Primera Carta a los Corintios (1,18-31) nos muestra que una gran parte de los primeros cristianos pertenecía a las clases sociales bajas y, precisamente por eso, estaba preparada para la experiencia de la nueva esperanza, como hemos visto en el ejemplo de Bakhita. No obstante, hubo también desde el principio conversiones en las clases sociales aristocráticas y cultas. Precisamente porque éstas también

vivían en el mundo « sin esperanza y sin Dios ». El mito había perdido su credibilidad; la religión de Estado romana se había esclerotizado convirtiéndose en simple ceremonial, que se cumplía escrupulosamente pero ya reducido sólo a una « religión política ». El racionalismo filosófico había relegado a los dioses al ámbito de lo irreal. Se veía lo divino de diversas formas en las fuerzas cósmicas, pero no existía un Dios al que se pudiera rezar. Pablo explica de manera absolutamente apropiada la problemática esencial de entonces sobre la religión cuando a la vida « según Cristo » contraponen una vida bajo el señorío de los « elementos del mundo » (cf. Col 2,8).

La vida eterna, ¿qué es?

10. Hasta ahora hemos hablado de la fe y de la esperanza en el Nuevo Testamento y en los comienzos del cristianismo; pero siempre se ha tenido también claro que no sólo hablamos del pasado; toda la reflexión concierne a la vida y a la muerte en general y, por tanto, también tiene que ver con nosotros aquí y ahora. No obstante, es el momento de preguntarnos ahora de manera explícita: la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros « performativa », un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo « información » que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? En la búsqueda de una respuesta quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: « ¿Qué pedís a la Iglesia? ». Se respondía: « La fe ». Y « ¿Qué te da la fe? ». « La vida eterna ». Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para « la vida eterna ». En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna. La fe es la sustancia de la esperanza. Pero entonces surge la cuestión: ¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– parece más una condena que un don.

Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable. Esto es lo que dice precisamente, por ejemplo, el Padre de la Iglesia Ambrosio en el sermón fúnebre por su hermano difunto Sátiro:

“Es verdad que la muerte no formaba parte de nuestra naturaleza, sino que se introdujo en ella; Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que nos la dio como un remedio [...]. En efecto, la vida del hombre, condenada por culpa del pecado a un duro trabajo y a un sufrimiento intolerable, comenzó a ser digna de lástima: era necesario dar un fin a estos males, de modo que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. La inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien, si no entra en juego la gracia ». Y Ambrosio ya había dicho poco antes: « No debemos deplorar la muerte, ya que es causa de salvación”

“...de modo que la muerte restituyera lo que la vida había perdido”

La transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno

16. ¿Cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? ¿Cómo se ha llegado a interpretar la « salvación del alma » como huida de la responsabilidad respecto a las cosas en su conjunto y, por consiguiente, a considerar el programa del cristianismo como búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás? Para encontrar una respuesta a esta cuestión hemos de fijarnos en los elementos fundamentales de la época moderna. Estos se ven con particular claridad en Francis Bacon. Es indiscutible que –gracias al descubrimiento de América y a las nuevas conquistas de la técnica que han permitido este desarrollo– ha surgido una nueva época. Pero, ¿sobre qué se basa este cambio época? Se basa en la nueva correlación entre experimento y método, que hace al hombre capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y conseguir así, finalmente, « la victoria del arte sobre la naturaleza » (victoria *cursum artis super naturam*). La novedad – según la visión de Bacon– consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis. De esto se hace después una aplicación en clave teológica: esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original.

Conoced la Acción Católica

Por primera vez me dirijo a vosotros, niños, jóvenes y adultos de Acción Católica, a través de la Revista "Caminamos".

Esto es para mí motivo de alegría, después de haber quedado así constituida la Acción Católica General. A través de mi poco saber, quiero dar mi testimonio, sencillo y humilde.

A mí me han nacido los dientes dentro de la Acción Católica. La tengo muy dentro, ya que en el año 1934 se organizaron en Sonseca los Jóvenes de Acción Católica y en el año 1935 las Jóvenes. Tuve, además, el honor de que mi hermano Paco y mi hermana Nica pertenecieran a ella como fundadores y militantes activos, y el resto de mis hermanos como socios. Yo, desde muy niña, la he vivido dentro de mi propia familia. Doy gracias a Dios por todo ello.

Entonces había Benjamines, Aspirantes, Juveniles, Jóvenes y Adultos. Por la misericordia de Dios he ido pasando por todas esas etapas muy feliz, y conmigo muchas más: Asun, Juanita, María Luisa, Florentina, etc, y otras que ya han pasado a la casa del Padre.

Desde aquí quiero hacer un llamamiento a niños, jóvenes y adultos para que conozcáis de verdad la Acción Católica. Ha dado muchos y muy buenos frutos, familias cristianas, vocaciones al sacerdocio y vidas consagradas y, como colofón, Mártires. Como muy bien cantaba el himno, "Ser apóstol o Mártir acaso"; en ellos no hubo "acaso", dado que surgieron muchos mártires. Nuestra Parroquia de Sonseca cuenta con cinco jóvenes de Acción Católica que sufrieron el martirio y que han entrado en el proceso de beatificación abierto en nuestra Diócesis.

Os animo a que conozcáis la Acción Católica, no como imposición, sino como proposición, porque "lo que no se conoce, no se ama".

Teo Sánchez,
Militante de la Parroquia de Sonseca

Paso a la militancia y renovación de todos los militantes

El próximo 7 de Junio tendremos D.m. el paso a la militancia, (ya se os comunicará el lugar y la hora). Un día entrañable para todos nosotros, ya que en él, nuevos miembros de la Acción Católica, tras un período de iniciación, manifestarán su decisión de vivir su vocación de laicos al servicio de la Iglesia, dando públicamente su compromiso de militancia ante el Obispo.

Pero este año, dentro de esa jornada de paso a la militancia, queremos tener otro **acto o momento para todos aquellos militantes que en fechas anteriores ya dieron el paso, con el fin de renovar esa adhesión a Jesucristo y a su Iglesia**, que se concreta en el Obispo y en la Iglesia Diocesana.

Son muchos los **militantes** que durante décadas nos han dado un **testimonio de fidelidad y obediencia** al Obispo y a la Iglesia; hombres y mujeres creyentes que han vivido y viven su vocación de laicos con **alegría y entrega** en los diversos campos en los que la Iglesia les ha llamado; hombres y mujeres creyentes **con un espíritu de fe** que les hace ser en verdad sal y luz en medio del mundo; hombres y mujeres creyentes con una **integridad y coherencia de vida** que por sí misma testimonia e irradia la verdad y la belleza del Evangelio.

Este momento, más que nunca, en medio de este mundo donde el relativismo y el laicismo se presentan como carta de progreso; y desde donde se quiere construir un mundo en el que Dios no tenga sitio ni nada que decirle al hombre de hoy, tiene que ser para todos nosotros un momento privilegiado de esperanza y de formación para dar razones de nuestra fe; un momento privilegiado de crecimiento interior donde bajo la fuerza del Espíritu anunciemos la única verdad que salva: "**Jesucristo el Señor; Jesucristo, Redentor del Hombre**". Es, pues, un tiempo de evangelización, donde los miedos y los temores son vencidos con la fuerza del Resucitado para anunciarle a Él y sólo a Él, a Jesucristo, "**Camino, Verdad y Vida**".

Esto es lo que queremos **renovar** en este día del paso a la militancia con todos vosotros, **con todos los militantes**, para que juntos actualicemos nuestra razón de ser: Jesucristo; y nuestra razón de ser Iglesia: anunciar a Jesucristo resucitado, vivo, el cual "**habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo**".

Por este motivo, os esperamos a todos, para que sea un día en el que vuelva a resonar nuestro "**fiat**" al Obispo, a la Iglesia y a los hermanos. Que María, Reina de los Apóstoles, nos haga auténticos pregoneros de la Buena Noticia: Jesucristo.

Juan Díñez Guzmán
Viceconsiliario de Acción Católica General

Tablón de anuncios

10 de Mayo: a las 21,30 en el Seminario Mayor
Vigilia de Pentecostés

11 de Mayo
Día de Pentecostés, de la Acción Católica y del
Apostolado Seglar

24 de Mayo
Convivencia de preparación del paso a la
militancia en Miguel Esteban

7 de Junio
Paso a la militancia en Toledo

25 de Junio: a las 19h., en el Colegio de Maristas
Festival benéfico a favor de la misión diocesana

13-20 Julio
Campamento de niños de AC en el Piélagu

Un año más, Jornada de militantes

Nada más terminar las Navidades, el 12 de Enero, se realizó la tradicional jornada de militantes. Este año no sólo de jóvenes sino también de los muchos adultos que participan de esta bella realidad de cristianos comprometidos con AC. Se realizó en Torrijos, donde después de una charla de Don Felipe García Díaz-Guerra (vicario de Talavera) sobre la Doctrina Social de la Iglesia, se celebró la Santa Misa, se compartió un distendida comida y se terminó el día con una visita turística por el bonito pueblo de Torrijos y un rosario a la Virgen.

El pasado 12 de Abril Acción Católica se unió a la oración por las vocaciones que se realizó en el seminario Mayor de Toledo.



AVISO

Todos los presidentes y representantes de parroquias han de remitir al secretario, Paco García González (fcogarciaglez@yahoo.es) las fichas de todos los miembros de los grupos.



Nuevos nacimientos:

Ángela: hija de Irene e Isaac.

Juan: hijo de Juanje y Gema.

¡Nuestra enhorabuena!

